

y muerte; pero en lo sucesivo cesarás de llevarme y de tirar. Por esta sola vez ¡oh, Kantakana!, llévame de aquí, y cuando haya obtenido la ley (cuando haya llegado á ser un Buda) no te olvidaré. (Foe Kue-Ki, trad. por Abel Rémusat, p. 233.)

La vida ascética se manifiesta más todavía en la pobreza voluntaria é intencional, no en esa pobreza que sobreviene *per accidens*, por haber empleado lo que se poseía en mitigar los dolores ajenos, sino la pobreza como fin, por sí misma, destinada á servir de mortificación constante de la voluntad, á fin de que la satisfacción de los deseos y las dulzuras de la vida no vengan de nuevo á excitar el querer, que el conocimiento de nosotros mismos nos ha hecho aborrecer. El hombre que ha llegado á este punto siente todavía, como cuerpo animado, como fenómeno concreto de la voluntad, toda clase de disposiciones para querer; pero las ahoga con intención, constriñéndose á no hacer nada de lo que desea y á hacer, por el contrario, todo lo que le desagrada, aunque no tenga otro fin que el de mortificar su voluntad.

Como reniega del querer personificado en él, no se opondrá á que otro haga lo mismo, es decir, á que le cause algún daño; todo dolor que venga á afligirle, producido por el azar ó por la maldad de otro, toda ignominia, toda ofensa, todo perjuicio, será para él bien venido, lo aceptará todo con gozo, como ocasión de asegurarse de que no afirma ya la voluntad y de que toma valerosamente partido por todo enemigo de su fenómeno, es decir, de su persona. Soportará las humillaciones y los dolores con una paciencia y una dulzura inagotables; volverá sin ostentación bien por mal, y no dejará que despierte en sí el fuego de la ira, como tampoco el de la concupiscencia.

Tanto como mortifica la voluntad mortificará tam-

bién su expresión visible, su objetivación, el cuerpo, le alimentará con escasez para evitar que, floreciendo y prosperando copiosamente, dé nueva vida y nuevas fuerzas á la voluntad, de que este cuerpo es mera expresión y reflejo. Ayunará, macerará y flagelará su carne para quebrantar cada vez más y matar por medio de privaciones y dolores esa voluntad que conoce y detesta como el origen de los tormentos de su propia existencia y de los del universo. Cuando la muerte venga, por último, á aniquilar el fenómeno de esta voluntad, cuya existencia había cesado hacía mucho tiempo por la libre negación de sí mismo, salvo en aquel débil residuo que animaba el cuerpo, es saludada con júbilo y aceptada con corazón satisfecho, como una liberación ardientemente deseada. Con la muerte no es sólo el fenómeno lo que acaba; es también la esencia misma, que no tenía más que una débil existencia en y por el fenómeno (1), última y frágil atadura que á su vez se ha roto. Para el que acaba así, el mundo ha acabado al mismo tiempo.

No se crea que lo que aquí he descrito, con pálido lenguaje y por medio de expresiones generales, es un cuento filosófico imaginado por mí y que data de hoy, no; es la existencia envidiable de una multitud de santos y de hermosas almas entre los cristianos, multitud más numerosa aún entre los indios brahmanistas y los

(1) Este pensamiento está expresado por medio de una hermosa comparación en un escrito filosófico sanscrito, de remota antigüedad, el *Sankya Carica*: «Sin embargo—dice—el alma permanece todavía un instante revestida del cuerpo; como la rueda del alfarero, en virtud del movimiento adquirido continúa dando vueltas después de acabado el vaso. Después que el alma iluminada se separa del cuerpo, cesando para ella la Naturaleza, es cuando llega su liberación perfecta.»—Colebrooke, *On the philosophy of the Hindus; Miscellaneous essays*. V. I, p. 259, y también el *Sankya Carica*, by Horace, Wilson, § 67, p. 184.

budistas, sin que falten tampoco casos de estos en otras comuniones religiosas. Por diferentes que hayan sido los dogmas inculcados á su razón, el mismo conocimiento interior, inmediato, intuitivo, única fuente de que pueden derivarse toda virtud y toda santidad, se revela en el curso de la vida de todos ellos. En esto se muestra también la inmensa diferencia que existe entre el conocimiento intuitivo y el conocimiento abstracto, diferencia á que se ha prestado hasta ahora poca atención, pero cuya gran importancia se descubre á cada paso en el curso de las presentes consideraciones. Entre la intuición y la razón existe un abismo inmenso, que sólo la filosofía puede ayudarnos á franquear cuando se estudia la naturaleza del mundo. A decir verdad, cada hombre posee intuitivamente y en *concreto* todas las verdades filosóficas; recogerlas en el saber abstracto, en la reflexión, es la misión del filósofo, que no tiene el derecho ni el poder de ir más allá.

La presente obra es quizás la primera en que se enuncia en forma abstracta y despojada de todo símbolo la esencia de la santidad, de la renuncia de sí, de la mortificación voluntaria y de la vida ascética, por la negación de la voluntad de vivir, que se manifiesta cuando el conocimiento de su verdadera naturaleza llega á ser para el hombre un *aquietador* de la voluntad. Pero esta esencia ha sido comprendida intuitivamente y expresada por actos por todos los santos y todos los ascetas, que teniendo el mismo conocimiento en el fondo de su espíritu, usaban sin embargo un lenguaje muy diferente cada uno según los dogmas que admitió un día su razón, que hacen que un santo brahmanista, ó cristiano ó budista, dé explicaciones de su conducta que no se parecen en manera alguna á la de los otros, pero que son indiferentes en cuanto á la cosa misma. Puede ocurrir que un santo esté

lleno de supersticiones absurdas, y puede suceder también que sea un filósofo, pero esto no constituye diferencia esencial. La conducta es la que hace santo, pues desde el punto de vista moral, resulta, no de un conocimiento abstracto, sino del conocimiento intuitivo y directo que se tiene del mundo y de su naturaleza; si el santo se vale de un dogma para interpretar su conducta, es únicamente para dar una satisfacción á su razón. Es tan poco necesario para un santo ser filósofo, como para un filósofo ser un santo, de igual manera que un hombre hermoso no está obligado á ser un gran escultor, ni un gran escultor á ser también un hombre hermoso. En términos generales, es una extravagancia exigir á un moralista que no enseñe más que las virtudes que posee. La misión de la filosofía no puede consistir en otra cosa que en reproducir por medio de nociones abstractas, generales y distintas la esencia del mundo y en depositar la imagen de esta esencia, así reflejada, en conceptos de razón estables y siempre disponibles. Recuerdo al lector, á propósito de esto, el pasaje de Bacon de Verulam que cité en el primer libro.

Abstracta y general también, y por lo mismo fría, es la pintura que he hecho de la negación de la voluntad de vivir, de la existencia de un alma hermosa, de la resignación y la penitencia voluntaria de un santo. Y como el conocimiento que conduce á la negación de la voluntad de vivir es intuitivo y no abstracto, no se puede expresar por completo con nociones abstractas sino únicamente con actos, con la conducta. Para comprender por entero lo que expresamos aquí filosóficamente al hablar de la negación de la voluntad de vivir, hay que aprender á conocerlo por medio de ejemplos sacados de la experiencia y de la realidad. Y ciertamente no los hallaremos en la vida ordinaria: *nam omnia proeclara tam difficilia quam rara sunt,*

como dice acertadamente Spinoza. Cuando no se ha tenido ocasión de ser testigo ocular de ellos, por una casualidad excepcionalmente favorable, hay que contentarse con las biografías de los hombres de esta especie. La literatura india, á juzgar por lo poco que conocemos de ella por las traducciones, es rica en pinturas de la vida de los santos y de los penitentes llamados samaneos, saniassis, etc. La obra titulada *Mitología de los indios*, de Mad. de Polier, que no es recomendable en modo alguno, desde otros puntos de vista, encierra, sin embargo, muchos ejemplos excelentes de este género, principalmente en el capítulo 13 del segundo volumen.

Entre los cristianos no faltan tampoco testimonios de la misma índole. No hay más que leer las biografías (la mayor parte de ellas muy mal escritas) de esos personajes á quienes se califica ya de almas santas, ya de pietistas, de quietistas, de piadosos visionarios. En distintas épocas se han formado recopilaciones de este género, tales son *La vida de las almas santas*, de Teersteegen; la *Historia de los regenerados*, de Reiz, y de nuestros días, la colección de Kaunes, que entre muchas cosas malas contiene algunas buenas, entre otras la *Vida de la beata Sturmin*. Debemos citar especialmente la *Vida de San Francisco de Asís*, verdadera personificación del ascetismo é ideal del fraile mendicante. Su historia escrita por un contemporáneo más joven que él, San Buenaventura, célebre también como escolástico, ha sido reimpressa recientemente con el título de *Vita San Francisci a San Buenaventura concinnata* (Soest, 1847). Poco antes había aparecido en Francia una biografía escrita con mucho cuidado, muy detallada, y que ha puesto á contribución todas las fuentes, la *Historia de San Francisco de Asís*, por Chavin de Mallan (1845).

Formando paralelo con estos escritos monásticos te-

nemos, acerca del Oriente, la notable obra de Spence Hardy: *Eastern monachism, an account of the order of mendicants founded by Gotama Budha* (1856), que nos muestra la misma cosa bajo otra forma, viéndose cuán indiferente es para este resultado que proceda del teísmo ó del ateísmo.

Pero recomiendo muy particularmente, como ejemplo especial y circunstanciado, y como explicación efectiva de las nociones que he expuesto, la autobiografía de Mad. de Guyon; aprender á conocer esta alma tan grande y tan hermosa, cuya memoria me ha llenado siempre de respeto, hacer justicia á la elevación de sus sentimientos, mirando con indulgencia los prejuicios de su razón, debe ser un placer de los más delicados para todo espíritu noble, mientras que entre los espíritus vulgares, es decir, entre la mayoría, este libro tendrá siempre escasa estima, en razón á que siempre y en todas partes, lo que cada uno puede apreciar son los sentimientos que tienen alguna analogía con los suyos, ó hacia los cuales le inclina su corazón, por poco que sea. Esto es verdadero respecto de lo moral, como respecto de lo intelectual. Se puede considerar también como un ejemplo, que hasta cierto punto está comprendido en nuestra tesis, la tan conocida biografía de Spinoza, escrita en francés; mas para comprenderla hay que buscar la clave en la soberbia introducción á su mediocre tratado *De emendatione intellectus*: recomiendo este fragmento como lo más enérgico y lo más eficaz, á mi entender, que se ha escrito para calmar la tempestad de las pasiones. En fin, hasta el gran Goethe, siendo tan griego como era, no consideró indigno de sí mostrarnos ese hermoso lado de la humanidad, interpretado poéticamente, en las *Confesiones de un alma hermosa*, donde nos presenta la pintura ideal de la vida de la señorita de Klettenberg, cuya historia verda-

dera nos refirió después en su propia biografía. Goethe ha relatado también en dos distintas ocasiones, la vida de San Felipe Neri.

La historia no hablará jamás, ni puede hacerlo, de esos hombres cuya vida es la interpretación más fiel y la única satisfactoria de este punto tan importante de nuestras investigaciones. No sólo es su objeto diferente del nuestro, sino que es diametralmente contrario: no trata ella de la negación y del abandono de la voluntad de vivir, sino al revés, de su afirmación y su manifestación en una infinidad de individuos, donde su conflicto consigo misma, en la objetivación suprema de esa voluntad, resalta con claridad perfecta y atestigua la vanidad de toda aspiración en este mundo, ya nos representen las escenas de la historia un hombre aislado que llega á la categoría suprema por la fuerza de su prudencia, ya nos muestren el poder de las multitudes, obrando por su masa, ó ya, en fin, la influencia del azar, que personifica el Destino.

Mas nuestro objeto no es seguir la serie de los fenómenos en el tiempo; como filósofos, debemos investigar el valor moral de la conducta, y aplicarle como única escala adecuada á la medida de aquello que creemos que constituye la cosa más importante y más significativa de la vida; así proclamaremos valerosamente, y sin dejarnos intimidar por la eterna mayoría de los espíritus vulgares y chavacanos que el fenómeno más sublime, más importante y significativo que puede producir la tierra, no es el del vencedor del mundo, sino el del vencedor de sí mismo; es la humilde y silenciosa existencia de un ser humano llegado á ese grado de conocimiento en que se rechaza lo que llena el corazón de los demás hombres, en que se repudia esa voluntad de vivir, que es el móvil de las acciones y de las esperanzas de aquéllos; en

que se niega esa voluntad cuya libertad no se manifiesta más que en él, y en esta ocasión, lo cual hace que su conducta sea diametralmente opuesta á la habitual en los demás. En este sentido, las biografías de los hombres que se han consagrado á la santidad y á la renuncia de sí mismos, aunque de ordinario estén mal escritas y envueltas en un fárrago de supersticiones y de absurdos, ofrecen al filósofo, por la importancia de su materia, enseñanzas incomparablemente más elevadas que todos los escritos de Plutarco y Tito Livio.

Para profundizar y dilucidar más todavía lo que dentro del método abstracto y general de nuestro estudio hemos llamado negación de la voluntad de vivir, conviene estudiar los preceptos morales dados con el mismo espíritu por hombres enteramente poseídos de este sentimiento. Al mismo tiempo reconoceremos cuán antiguas son estas teorías, por nueva que pueda ser su exposición puramente filosófica. Entre todas estas doctrinas la más próxima á nosotros es el Cristianismo, cuya moral está basada en el mismo orden de sentimientos. No sólo conduce á la caridad suprema, sino á la renuncia del mundo; este segundo aspecto se encuentra en germen, aunque ya de un modo visible, en los escritos de los apóstoles; pero no ha sido desarrollado por completo y enunciado explícitamente hasta después. Lo que recomiendan los apóstoles es amar al prójimo como á sí mismo, pagar el odio con amor y beneficencia; es la caridad, la paciencia, la dulzura, la dócil resignación á las ofensas, la templanza, á fin de domar la concupiscencia; la resistencia á los apetitos carnales, y á ser posible, la castidad absoluta. Encontramos ya aquí una tendencia al ascetismo, ó negación del querer propiamente dicha, y entiendo por esta última expresión lo que el Evangelio llama «renunciar á sí mismo» y «llevar su cruz». (Math. XVI,

24, 25; Marcos, VIII, 34-35; Luc., IX, 23, 24; XIV, 26, 27, 33.) Esta tendencia se acentúa luego cada vez más y da origen á los penitentes, á los anacoretas y al monacato, que puro y santo en su origen y por consiguiente desproporcionado con la naturaleza de la mayoría de los hombres, no podía conducir más que á la hipocresía y á la abominación, pues *abusus optimi pessimus*.

A medida que se desarrolla el cristianismo, vemos desenvolverse ese germen ascético que llega á su floración en los escritos de los santos y los místicos cristianos. Estos, además del amor más puro, predicán la resignación absoluta, la pobreza voluntaria, la verdadera calma, la completa indiferencia hacia las cosas de la tierra, el deber de morir para la voluntad y de renacer en Dios, y el olvido total de la propia persona, para absorberse en la contemplación del Señor. Fenelón ha presentado la exposición completa de estas doctrinas en su *Explicación de las Máximas de los Santos sobre la vida interior*. Pero en parte alguna ha sido expuesto tan perfecta y enérgicamente el espíritu del cristianismo en esta dirección, como en los escritos de los místicos alemanes; por ejemplo, los de Meister Eckhard, y en la obra justamente célebre *La teología alemana*, de la cual decía Lutero en el prólogo que la puso que ningún libro, salvo la Biblia y las obras de San Agustín, le había enseñado mejor á conocer á Dios, al Cristo y al hombre. La edición de Pfeiffer publicada en Stuttgart en 1855 es la primera que nos ha dado el texto verdadero, libre de falsificaciones. Los preceptos y lecciones que contiene son la exposición más completa, derivada de la fe más profunda, de lo que he presentado como negación de la voluntad de vivir. Allí es donde hay que ir á estudiar de cerca esta cuestión antes de venir á resolverla con una seguridad judaico-protestante. Poseemos también

la obra de Tauler *La imitación de la pobre vida de Cristo*, escrita con el propio excelente espíritu que la antes mencionada, aunque inferior á ella, y la *Medula animæ* del mismo autor últimamente citado. Las enseñanzas de estos sinceros místicos cristianos tienen, á mi entender, con las del Nuevo Testamento la misma relación que el espíritu de vino con el vino. O bien puede decirse que lo que el Nuevo Testamento nos muestra como á través de un velo y de una nube nos lo presentan descubierta las obras de los místicos, en plena luz y con completa claridad. O, en fin, se podría considerar al Nuevo Testamento como la primera iniciación y á los místicos como la segunda — *σμικρα και μεγαλα μυστηρια*.

Pero donde hallamos lo que denomino negación de la voluntad, mejor desarrollado y expresado con formas más múltiples y colores más vivos que los que podían emplear la Iglesia cristiana y el mundo occidental, es en las antiguas obras de la literatura sanscrita. El que en la India se haya podido dar á estas concepciones morales de la vida un desenvolvimiento más avanzado y una expresión más determinada, debe atribuirse tal vez en primer término á que allí no estaban estorbadas por un elemento totalmente extraño, como lo era para el cristianismo la doctrina judía, á la cual hubo de acomodarse ó de plegarse, en parte deliberadamente y en parte sin darse cuenta quizá de ello, el sublime fundador de la religión cristiana. De ahí que el cristianismo se componga de dos elementos muy heterogéneos, de los cuales llamaría yo cristiano con preferencia y hasta exclusivamente al elemento puramente moral, para distinguirlo del dogmatismo judío amalgamado con él. Si, como se ha temido muchas veces, sobre todo en los tiempos modernos, esta sublime y saludable religión viniera á caer algún día en decadencia total, la razón no debería buscarse más que en

ese hecho de que no se compone de un elemento único, sino de dos heterogéneos en su origen y que sólo la marcha de las cosas ha fusionado; en el caso de que la ruina prevista del cristianismo se realizase, resultaría, en virtud de la desigual afinidad de sus elementos y de la reacción del espíritu cada vez más ilustrado de la época, una descomposición de la cual saldría intacta la parte puramente moral, que es indestructible.

Volviendo ahora á la moral de los indios, tal como la vemos expresada enérgicamente y de diversas maneras, (con ser todavía imperfecto nuestro conocimiento de su literatura) en los Vedas, en los Puranas, en sus poemas, en sus mitos, en sus leyendas sagradas, en sus sentencias y sus reglas de conducta (1), veremos que prescribe el amor del prójimo con el total abandono del amor á sí mismo; el amor universal que abraza no sólo á la humanidad, sino á cuanto vive; caridad llevada hasta el punto de dar su pan cotidiano, penosamente ganado; paciencia infinita para soportar todas las ofensas; pagar el mal con el bien y el amor, por daño que se nos haya hecho; resignación voluntaria y alegre con toda clase de humillaciones; abstención absoluta de alimentación animal, castidad completa y renuncia á toda voluptuosidad para el que aspira á la santidad consumada; despojarse de las

(1) Véanse, por ejemplo, «Upnek'hat, studio Anquetil, vol. II, núms. 138, 144, 145, 146. *Mythologie des Indous*, por Mad. de Polier, vol. II, caps. 13, 14, 15, 16 y 17. *Asiatisches Magazin*, de Klaproth, vol. I. Sobre la religión de Fo; *ibid Bhagavat Gita ó Diálogos entre Crisna y Arjuna*; vol. II, *Moha Mudgava. Institutes of Hindu law or the ordinances of Menu, from the sanskrit by Wm-Jones*,» especialmente los caps. VI y XII. También pueden verse muchos pasajes en las *Asiatic researches*. (En los últimos cuarenta años la literatura india se ha extendido de tal manera por Europa, que si quisiera completar hoy esta noticia de la primera edición, necesitaría muchas páginas).

riquezas, abandonar toda habitación, apartarse de los suyos, pasar la vida en el aislamiento más profundo, sumirse en la contemplación silenciosa, haciendo voluntariamente penitencia é infligiéndose á sí mismo lentos y terribles suplicios encaminados á conseguir una mortificación completa de la voluntad, llevada finalmente hasta la muerte voluntaria por hambre, ó entregándose como presa á los cocodrilos, ó precipitándose desde la roca sagrada que se eleva en lo alto del Himalaya, ó haciéndose enterrar vivos, ó arrojándose debajo de las ruedas del inmenso carromato que pasea las estatuas de los dioses, en medio de cantos, de regocijos y de danzas de bayaderas. Estas prescripciones, cuyo origen se remonta á más de cuatro mil años, son observadas aún en nuestros días por aquel pueblo tan decaído desde otros puntos de vista; algunos las siguen hasta en sus rigores más extremados (1). Lo que por tanto tiempo y en un país que cuenta tantos millones de habitantes se mantiene en práctica á pesar de los duros sacrificios que exige, no puede ser una fantasía arbitrariamente inventada, sino que debe tener su razón de ser en la esencia de la humanidad. Además de esto, maravilla la identidad que se encuentra cuando se compara la vida de un penitente cristiano con la de un penitente indio. Con dogmas, costumbres y condiciones exteriores que se diferencian tan radicalmente la aspiración del alma y la vida interior son iguales en ambos; las reglas de conducta son también idénticas. Por ejemplo, Tauler nos habla de la pobreza absoluta que debemos imponernos y que consiste en despojarse y abstenerse de todo lo que puede dar

(1) Durante la procesión de Jagrenat del mes de Junio de 1840, once indios se precipitaron debajo del carro y murieron en el acto. (Carta de un propietario de las Indias Orientales publicada en el *Times* del 30 de Diciembre de 1840.)